



1º lectura: Malaquías 3, 13-20 "Yo tendré compasión de ellos"
Salmo: 1 "Feliz el que pone su confianza en el Señor"

Evangelio

Lc 11, 5-13

Les dijo también: «Supongan que uno de ustedes tiene un amigo y va a medianoche a su casa a decirle: "Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío ha llegado de viaje y no tengo nada que ofrecerle". Y el otro le responde a usted desde adentro: «No me molestes; la puerta está cerrada y mis hijos y yo estamos ya acostados; no puedo levantarme a dártelos». Yo les digo: aunque el hombre no se levante para dárselo porque usted es amigo suyo, si usted se pone pesado, al final le dará todo lo que necesita. Pues bien, yo les digo: Pidán y se les dará, busquen y hallarán, llamen a la puerta y les abrirán. Porque todo el que pide recibe, el que busca halla y al que llame a la puerta se le abrirá. ¿Habrá un padre entre todos ustedes que dé a su hijo una serpiente cuando le pide pan? Y si le pide un huevo, ¿le dará un escorpión? 13 Si ustedes, que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre del Cielo dará espíritu santo a los que se lo pidan!»

Meditación

Esta memoria de la Virgen del Rosario tiene sus orígenes en la victoria de la batalla de Lepanto en 1571. Años atrás la misma Virgen María se apareció a Santo Domingo, para ayudarlo en la lucha contra las herejías y en su afán evangelizador, para que lo que le dio como arma fundamental, el rezo del santo Rosario. La piadosa costumbre del rezo del Rosario ha trascendido en el tiempo, siendo la oración preferida de muchos cristianos durante siglos, y fuente de gracias y contemplación hasta nuestros días.

En el Evangelio Jesús nos invita a perseverar en nuestra oración, a dirigir confiadamente nuestras súplicas al Padre. Y nos asegura que nuestra oración será siempre eficaz, será siempre escuchada: "si ustedes saben dar cosas buenas a sus hijos, ¿cuánto más su Padre celestial les dará cuanto pidan en su nombre".

La eficacia consiste en que Dios siempre escucha. Que no se hace el sordo ante nuestra oración. Porque todo lo bueno que podamos pedir ya lo está pensando antes él, que quiere nuestro bien más que nosotros mismos. Es como cuando salimos a pasear por un lugar con árboles, o subimos a algún cerro, o nos damos un baño en el río: nosotros nos ponemos en marcha con esa intención, pero los árboles ya estaban allí y el cerro y el agua ya estaban allí. Cuando le pedimos a Dios que nos ayude, manifestando así nuestra debilidad y nuestra confianza de hijos, nos ponemos en sintonía con sus deseos, que son previos a los nuestros.

"Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús".